

AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN LIMA

22 DE JUNIO DE 2002

CUARTA SESIÓN

3 P.M. A 7 P.M.

Caso número 27: Martín Roca Casas, Keneth Anzualdo y José Abel Malpartida Páez

Testimonios de Javier Roca Obregón, Félix Anzualdo Vicuña, Martha Páez de Malpartida y Reynalda Andagua González

Doctor Salomón Lerner Febres

La Comisión invita al señor Javier Roca Obregón, al señor Félix Anzualdo Vicuña, a la señora Martha Páez de Malpartida y a la señora Reynalda Andagua González a se aproximen para brindar su testimonio. Se les ruega ponerse de pie. Señor Félix Anzualdo, señor Javier Roca, señora Reynalda Andagua, señora Martha Páez, ustedes van a brindar su testimonio ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación y también lo van a hacer frente al país. ¿Prometen solemnemente hacer su declaración con honestidad y buena fe, y decir sólo la verdad sobre los hechos que nos van a relatar?

Testimoniante

Sí.

Señora Sofía Macher Batanero

Muchas gracias. Pueden tomar asiento. Buenas tardes, en nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación agradecemos que hayan aceptado dar este testimonio en público. Lo que ustedes nos van a contar son tres casos de tres estudiantes, y que fueron de alguna manera casos representativos de lo que le pasó a muchos otros estudiantes. Por eso para nosotros era muy importante el testimonio de ustedes, para que recordemos lo que le pasó también a los universitarios aquí en Lima. Adelante por favor.

Señora Reynalda Andagua González

Ante todo, buenas tardes, Comisión de la Verdad y público en general. Yo soy mamá de Martín Roca Casas, estudiante de la Universidad del Callao. Él estaba cursando sexto ciclo de Economía. Mi caso empieza desde el 17 de agosto, que ellos hacen una marcha sobre el sticker de medio pasaje. Ahí se percatan de dos individuos que están filmando la marcha. Ahí se acercan sus amigos de mi hijo, le dicen: «Usted, identifíquese. ¿De qué prensa, de qué periódico es?». No quiso identificarse. Ahí es lo que le quitan el video casete y lo destrozan. Pero, ¿qué pasa? Como él era dirigente del Centro

Federado de Prensa y Propaganda, esa misma noche, a las once y cuarto de la noche, aparecen en mi casa, tocan la puerta. Primero tocaron. Yo le digo a mi esposo, le digo: «¿Quién será, si los chicos ya llegaron del trabajo?». Otra segunda tocada. En eso ya baja mi esposo. La tercera tocada es como romperse la puerta. Baja mi esposo, abre la ventanita, le dicen: «¡Abres la puerta o rompo la puerta!». Armados ya con metrallera. En eso, mi esposo, como uno no teme nada, abrió la puerta. Entraron, de frente encañonaron a mi hijo. Y en eso yo le digo: «¿Qué pasa con mi familia? A mí háganme lo que quieran, mátenme, lo que quieran, pero con mi familia no se mete». Ahí ya me dijo: «¡Cállate, mujer de mierda! ¡Regresa con los demás tus hijos!». Cuando me dijo, regresé y para voltear, ya estaban en la escalera los tres mis hijos, en calzoncillos. Yo con la bata. Ahí me separaron, tres horas, ni voz, ni voto. Nosotros no podíamos qué decir. A mi esposo, cerca al baño, en calzoncillo. A mi hijo lo separaron al comedor y seguían torturando ahí a mi hijo. Por eso mi hijo dijo: «Tú tienes tu madre, tienes tus hijos, ¿por qué no dices la verdad? Que yo no te he quitado». Seguían torturando a mi hijo. Uno de ellos no más se identificó, como capitán Gil. Y ahí dijo a mi esposo: «¡Baja su frazada, me lo voy a llevar!». Yo le dije: «Usted no va a llevar a mi hijo, a mí máteme, lo que tú quieras, pero tú no vas llevar a mi hijo». Ellos subían, bajaban del primer piso, segundo piso, volteaban, rebuscaban lo que querían. Han llevado lo que han querido ellos. Como no encontraron nada en la casa, dijo: «Al día siguiente voy a regresar. Dos de la tarde». Regresaron a las dos de la tarde... no llegó a esa hora, llegó dos y media diciendo: «Se me malogró el carro. Regálame agua, mi mano está sucia». Cuando dijo, le dimos agua. Lo hicimos pasar. Le dije: «¿Usted se va a identificar? ¿Por qué esa manera de allanamiento de la casa? ¿Por qué esa manera de intervención?». Justo mi sobrino que es de la Policía Nacional estaba en la casa. Él dijo: «Yo soy policía. Identifícate». Él no quiso identificarse. En eso ya nosotros, como no quería identificarse a mi sobrino, cuando dijo, él quería escaparse y afuera ya esperaba en moto otro, en eso nosotros lo retuvimos. En eso mi esposo se va a la comisaría de Carmen de la Legua a pedir ayuda. Cuando hizo llegar dos policías en carro, al momento que pusimos al que echaba la culpa a mi hijo del video casete, él amenaza de muerte delante de toda mi familia, diciendo: «¡Espérate no más! ¡Te vamos a matar!». Cuando llega a la comisaría de Carmen de la Legua, el comandante le dice: «¡Identifícate!». Ahí recién él se identifica como Servicio de Inteligencia de la Marina. Hasta ahí nosotros no sabíamos quién es lo que estaba echando la culpa a mi hijo. Ahí, pocos minutos, cinco minutos, llamó a su comandante. Su comandante llega, le dice: «Contra tu hijo no hay nada. Esto que no se haga ninguna acta». Él no quiso que se asiente el acta ahí. Y así, nosotros, como somos gente humilde, gente de trabajo, creímos en su palabra del comandante. Pensó que estaba hablando bien. Pero de ahí empezó, al día siguiente, todos los días, vigilancia de mi casa, con radiotransmisores, con lentes oscuros. Ya viendo eso, mi hijo pidió garantía a la Prefectura del Callao. Mandó su solicitud al rectorado de la Universidad haciendo saber el allanamiento de la casa, la amenaza de muerte. Pero todo eso fue en vano: no le hicieron caso. De esa fecha, yo tengo un pequeño negocio que es venta de comida; yo trabajo duro y parejo ahí. Mis clientes, los que llegaban, les seguían; mi familia que venía, la seguían. Total, eso ha atemorizado, varios de mis clientes se fueron, me abandonaron; unos cuantos me dieron valor, me dijo: «Tú sigue luchando, hija. Que no te dominen. Tienes además tus hijos. ¿Qué va a pasar si algo te pasa a ti, si tú no te pones fuerte?». Y así, yo seguía luchando, hasta el cinco de octubre. Mi hijo salió de la casa a las cinco de la tarde, tomó su lonche, me abrazó fuerte y me dijo: «Mamita, ya vengo». Yo guardé su comida. Como yo trabajo duro, tanto me habría quedado dormida que yo no sentí lo que él no ha llegado. Al día siguiente bajo, abajo, mis puertas veo sin llave. Le dije: «¿Qué ha pasado?, ¿por qué se han olvidado los chicos?». Entro a la cocina, veo su

comida que está ahí. Me voy corriendo a mi esposo, le digo: «Martín no ha llegado». Mi esposo me dice: «Ya se lo comieron, ya». Aguitamos por la ventana: estaba llenecito de carros militares de la Marina, de la Dincote, todo en la avenida jirón Pacífico, que llega a la avenida Argentina. ¿Pero qué pasa? Ellos voltearon media cuadra a mi casa y lentamente voltearon por ahí mismo, vuelta para ir a jirón Pacífico. Seguramente que ahí ya tuvieron a mi hijo, como hacer despedirlo lo pasaron por ahí. Por eso yo, señores Comisión de la Verdad, a este señor gobierno Alejandro, que un poquito que ponga en su corazón. Nosotros con Fujimori, con Montesinos, no podíamos ni abrir la boca. Con este gobierno yo quisiera que algo haga para nosotros. Señor Ministro de Justicia, escúchanos por favor. Nosotros pedimos justicia, que haya sanción para los criminales, para esos culpables. Todos los vecinos me marginaron a mí, me dieron la espalda, me dijeron: «Ese es terruco, por eso su hijo lo han desaparecido». Algunos me dieron valor, algunos me dieron fuerza para yo seguir luchando. Eso es todo señor, no puedo más avanzar.

Señor Javier Roca Obregón

Todo lo dicho por mi señora es previo al secuestro. Desde la fecha del 5 de octubre que lo secuestran, primeramente tuve que rebuscar todos los hospitales, centros de salud, morgues, puestos policiales. Al no hallar en ningún lado, tuve que ir a la Prefectura, a la Dincote, a averiguar. Porque me decían: «De repente está por acusado por terrorismo». Pero ningún día de los que fui estaba en la relación, nadie me dijo que sí se encontraba. Por lo tanto, me fui obligado de ir a denunciar al Fiscal Especial, donde el señor Clodomiro Chávez, que Dios... que en paz descance. Después de hacer las investigaciones difirió el caso al fiscal de turno del Callao y el señor, cumpliendo su obligación, su trabajo, muy bien lo hizo. Hizo comparecer a todos los implicados, tomó la manifestación y remitió al Tercer Juzgado en lo Penal, pidiendo orden de detención para los implicados. Pero, lamentablemente, después sufrió represalias. Viendo eso el juez en lo penal, ya a regañadientes, por exigencia, cumplió las diligencias, y en una oportunidad de frente me dijo: «¿Qué quieres que haga contra el máximo Servicio de Inteligencia?». Y pasó a la Corte Superior, la orden de comparecencia... orden de detención lo cambiaron por orden de comparecencia. Y muchos de ellos ni siquiera comparecieron. De la Corte Suprema, tuve que apelar cuando fallaron a favor de los militares, a la Corte Suprema de Lima. También lo confirmaron lo mismo. E hice las denuncias a organismos internacionales. Menos mal, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos sacó una resolución, entendió tal y conforme como lo habíamos denunciado, porque ellos con sus representantes hicieron las respectivas investigaciones. Y a continuación tuve que acudir también, con la ayuda... todos esos trámites los hice gracias a la ayuda de APRODEH, que fue la única institución que todo el tiempo me dio moral, me dio en la medida de sus posibilidades, la ayuda, mas por los demás siempre vi la indiferencia, la incomprensión y así, aquí estamos para, diciendo la verdad, y está plasmado en los documentos seguidos en el proceso... Y pido pues al actual gobierno que haga lo posible para que este caso tan cruel no quede impune. Porque las secuelas de este tipo de crueldad, crimen sin nombre, es demasiado para una persona. Porque todo lo que arrasa, todo, prácticamente nos deja semimueertos, porque en lo económico, en lo moral, en todo sentido, totalmente destruido. Entonces, el gobierno debe hacer lo posible en todo estos casos de graves violaciones de derechos humanos, de lesa humanidad; tratar de llegar, de auxiliar oportunamente, antes que esa persona se muera. O antes que llega a un extremo de que nadie lo puede remediar. Ese es la invocación que hago al actual gobierno. Y en cuanto a ustedes, señores de la Comisión de

la Verdad, yo pienso que será excelente la labor de ustedes en la medida en que traigan en cada uno de los casos nuevos aportes para el Poder Judicial; en la medida que las sugerencias que ustedes puedan hacer al gobierno central sean ejecutadas por el gobierno. Y agradezco también, nuevamente, a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, a APRODEH. Comisión Interamericana de Derechos Humanos como organismo internacional, quienes se preocuparon por nosotros, y APRODEH como organismo que está en Perú, también estuvo al lado de nosotros. Mas el gobierno hasta ahora en ningún sentido se ha hecho presente ante el dolor y la tragedia que vivimos, no sólo yo, sino miles detrás de miles, prácticamente la mitad del país está profundamente sangrante, herida y que la única forma de poder curar eso es con la sinceridad, llegando y tratando de ayudar, y con la justicia promovida por el gobierno que podamos alcanzar, y la sanción para los culpables. En ese momento recién podemos decir que sí hay hombres valientes, no dudo... ni son cobardes ni son malos, hay otros que están luchando por el bien y hemos alcanzado y podemos morir en paz. De lo contrario, moriremos renegando con el odio y la impotencia. Muchas gracias.

Hay otro caso de secuestro que está íntimamente ligado al secuestro de mi hijo. A raíz de lo que secuestran a mi hijo, yo voy a la universidad a pedir colaboración, ayuda. Y la mayoría demostró su indiferencia, como el rector, que jamás contestó ningún documento a mi hijo y nunca hizo nada. Pero algunos alumnos sí se solidarizaron conmigo y tal es así que uno de ellos, con Keneth Anzualdo, que es hijo del señor que está acá, me acompañó a Aprodeh para dar su manifestación, para decir lo que sabía, que era el último en haberlo visto a mi hijo con vida. Y entonces también él estaba dispuesto a ir a la fiscalía a decir lo que sabía, pero, lamentablemente, antes de que vaya a declarar el 16 de diciembre, también lo secuestraron a él. Y entonces, le cedo la palabra a su papá de Keneth Anzualdo.

Señor Félix Anzualdo Vicuña

Buenas noches con todos, señor presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y los acompañantes. El que habla es Félix Anzualdo Vicuña, natural de la provincia de Bolognesi, departamento de Ancash. Soy padre de Keneth Ney Anzualdo Castro, desaparecido el 16 de diciembre de 1993, cuando realizaba sus estudios en Ciencias Económicas en la Universidad Técnica del Callao. Él fue un estudiante dedicado a sus estudios, un colaborador de la casa. Pero el 8 de octubre de 1991 fue detenido por Dincote, donde permaneció quince días bajo exhaustivas investigaciones. Concluyeron las investigaciones, salió libre, no se le encontró ningún antecedente vinculado a la subversión. Desde esa fecha hizo su vida normal, ordenada, viajó a distintas partes en el interior del país. Como ejemplo puedo poner al departamento de Amazonas, porque visitaba a sus familiares, porque de allí es la mamá. Yo soy de Ancash. De igual manera tenemos nuestra casa ahí, también ha ido a vivir. Ha viajado a Cusco y a Puno, cuando se realizaba el Congreso de Estudiantes de las Ciencias Económicas... y ha participado. Una vida normal, tranquila. Hasta que la fecha fatídica le llegó el 16 de diciembre. Pero esto ocurre... netamente... Ese día salió de mi casa con dirección a la universidad. En la universidad permaneció hasta las ocho y cuarenta y cinco. Es decir, la hora de salida de mi casa fue a las cuatro de la tarde. A las ocho y cuarenta y cinco, acompañado de varios colegas que lo vieron salir, vinieron hacia la avenida Santa Rosa, en compañía de Milagros Olivera Sualpa, Jimmy Torres, Luz Suárez Huallpa, quienes lo vieron subir al ómnibus de la línea 19B de placa IU-3738, conducido por el chofer Agustín Cristóbal Alvarado Santos. Al realizar

las investiga-ciones... cuando no llegó a la casa, hemos investigado personalmente. Entonces, nos vimos... precisar de dónde, quiénes le acompañaron en la universidad. Y ellos nos manifestaron que tal hora salió. En vista de eso, nos hemos visto obligados a esperar la llegada de los ómnibus durante todo un día. En eso hemos encontrado dos casos que hubo, uno en la avenida México y otro en la avenida Santa Rosa. El de México subieron... lo detuvieron al ómnibus y subieron los policías para pedir documentos. Pero, en cambio, el de Santa Rosa fue interceptado. Es así que el chofer nos manifestó claramente de que, efectivamente, al frente de la universidad subió un estudiante, después de un paradero subió un par de parejas de enamorados. Ellos vinieron entonces. La intercepción se produce en la avenida Santa Rosa, para voltear a la avenida La Paz. Se interpone un automóvil color celeste, bajan tres individuos identificándose que son policías pero de vestido civil y tipo militar. Suben al ómnibus, bajan a los tres pasajeros que había y a uno de ellos lo hacen subir al automóvil. Y parten con rumbo desconocido.

En vista que esa noche no ha llegado a la casa, nos hemos puesto en zozobra, porque él era tan responsable: si iba con sus amigos, siempre nos llamaba telefónicamente. Decía: «Bueno, papá, me voy quedar, estoy en la casa de fulano de tal, mañana temprano voy a estar porque es un poquito altas horas de la noche, me puede pasar cualquiera cosa». «Magnífico», le autorizaba y hacía así. Y nosotros hemos pensado que hasta el día siguiente, me imagino que ha sido así, pero ya, ya... porque él estaba a las siete o seis de la mañana por más tardar, como no ha llegado hasta las diez, once, doce, ya nos hemos puesto en zozobra. «¿Qué ha pasado?» Hemos comenzado a investigar, a buscar. En lo que hemos puesto primero por investigar, hemos ido a la universidad, ahí donde nos manifestaron. Nos hemos ido a la partida del ómnibus y nos informaron ahí. Claro, está demostrado que ese día lo detectaron a mi hijo, lo han secuestrado. Más: el conductor manifestó que claramente se daba cuenta, de que él se dio cuenta que un automóvil celeste le seguía. Entonces él dijo: «No, tal vez me van a asaltar, algo me va a producir». Y se dio claramente. También nos repitió, nos dijo: «Subieron un par de enamorados y un estudiante». Al escuchar ese comentario, esa manifestación, lo que nos ha dicho el señor Cristóbal, nos hemos puesto íntegramente a buscar, hemos visitado a todas las dependencias policiales, tarde y mañana. Hemos ido a los hospitales, no hemos descuidado, hemos visitado a la morgue, pensando que en algún accidente ha sufrido, o pueden haberle matado. Hemos ido a todos los hospitales, hemos ido a la morgue, hemos comenzado a visitar todos, toda una semana, de cinco o seis días nos ha durado eso. En esas circunstancias alguien me dijo que, efectivamente, hay detenidos en la Prefectura del Callao. Entonces con la misma me he conducido a la Prefectura del Callao. En la Prefectura del Callao encontré a un comandante que me atendió: «¿Qué desea usted, señor?». «Yo vengo por este asunto». Llevé una fotografía, le dije: «Fulano de tal. Sé que hay detenidos por acá. Comandante, haga el favor de informar», suplicándolo. Entonces él inmediatamente llamó a un policía: «Anda investiga al señor, el señor está solicitando... este y acompaña hasta la puerta». El policía regresó que no encuentra nada. Entonces el comandante me dice: «¿Qué tiempo hace que no llega a su casa?». Le dije: «Casi son seis días que estamos buscando y no sabemos nada». Entonces el comandante me sugirió él, porque yo no sabía más, señorita, nunca he ocupado la justicia, me dijo: «Usted tiene que hacer la denuncia ante la fiscalía correspondiente del Callao, porque ese es un delito. Pueden haberle matado, lo han secuestrado o pasa cualquier cosa. Inmediatamente usted constitúyase, presente la denuncia. Pero para estas cositas hay», me dijo: «Hay una asociación Pro Derechos Humanos, que colabora, asesora y orienta. Te puede orientar él mejor que yo». «¿Dónde queda, doctor, por favor?», le dije. «Ese queda en distrito de Jesús María, en la avenida o jirón Pachacútec». Es así que esa misma tarde me

he aproximado a la oficina de APRODEH. El primer contacto que tuve ahí fue con el periodista Rubén Trujillo Mejía. Cuando le expliqué, él me dijo: «Pero si este señor ha estado aquí, días antes, acompañando al padre de Martín Roca». Recién supe que él, señora, había sido su padre de Martín Roca. En vista de eso, nos hemos puesto de acuerdo aquí. Entonces supo que es exacta la conclusión del secuestro que se produjo con el auto celeste. Sabedores de eso, nosotros hemos ya hecho las investigaciones, hemos solicitado por todas partes queriendo solucionar o, mejor, yo buscar. En esas circunstancias, nos hemos visto contactados por un señor que se llama Sebastián Miranda Díaz, quien nos ha... nos manifestó que es posible conseguir, ¿no?, «cómo ha quedado su hijo y dónde lo puede encontrar, porque las personas que lo han secuestrado deben explicarle si lo han matado, que lo han matado, si lo han... o si lo han detenido». Pero por ese asunto ya le expliqué a él también que toda una semana nos hemos pasado buscando. Entonces, él me ofreció: «Vamos a investigarlo, yo le ofrezco». Y así por el estilo hemos buscado otras personas en forma particular, quienes han colaborado, quienes desinteresadamente... Es así que he presentado mi solicitud a... pidiendo hábeas corpus he presentado al Cuerpo de Paz, he presentado al Congreso y a todas las instituciones habidas y por haber. En esas circunstancias, el señor Sebastián me dice: «Vamos a investigar. Déme un tiempo prudencial porque he rescatado de varios con la intervención del padre o del monseñor Vargas Alzamora». «Magnífico». Después de varios días de investigación, él regresa y me dice: «Es posible que se va a conseguir, pero necesitábamos, según el informe, que me han dicho, se necesita de una cantidad económica y la intervención de una persona de alto nivel». Con esas manifestaciones, nos hemos puesto a pensar, a meditar quiénes pueden ser de alto nivel para que pueda conversar con el señor Presidente de la República, que es el Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y Fuerzas Policiales. El señor me ha acompañado en todas partes. Es así que hemos visto por conveniente presentar dos personas, el padre Hubert Lanssiers, que es representante del Presidente de la República en los casos excesos, o en las investigaciones que se han producido, eso me informó él. En ese transcurso de tiempo, hemos presentado la carta al monseñor Vargas Alzamora, explicándole, suplicándole su intervención porque sabíamos o sabía que estaba detenido en los cuarteles de la Marina. En esas circunstancias presenté nuestra carta al monseñor después de varios días. Hemos ido para ver el resultado, pero el monseñor Vargas Alzamora lo derivó al monseñor Ricardo Durán, porque el asalto o los secuestros se produjeron en el Callao, que lo vea él. Pero el señor o el Padre Ricardo Durán lo derivó a su secretaria y no conseguimos nada. Fuimos a reclamar, fui personalmente. Me dijo: «Yo soy una secretaria ad honorem, ¿qué puedo hacer, señor, si yo no sé nada de estas cosas?». Ese primer fracaso que tuvimos, perdimos la fe. En esas circunstancias nos reanimamos. Vuelta nos dirigimos ante el padre Hubert Lanssiers, que era el representante del Presidente de la República. Hemos solicitado una entrevista personal antes de pedirle una carta. Nos hemos dirigido, nos ha recibido muy amable, hemos conversado, hemos dialogado. Ahí es lo que dijo el padre Hubert Lanssiers: «¿Cómo tú puedes afirmar que está detenido en los cuarteles de la Marina?». «He hablado personalmente con el fiscal suplente y él me lo ha dicho, que lo ha visto, y me lo ha manifestado que se necesita un personal que intervenga alto nivel para que pueda conversar con el señor Presidente de la República y se puede conseguir». «Magnífico». Al escuchar esa palabra, el padre Lanssiers me accedió, que va a hacer un trabajo de investigación: «Es posible que vamos a hacer; hoy sí vamos a hacer». Entonces le dijimos: «Padre, para que tenga mayor valor, le presentaremos una carta». «A mí no», me dijo, «eso no vale para nada. Tienen que dirigirse al Presidente de la República, pidiendo así como están explicando y con todos esos casos». Y es así que nosotros hemos presentado una carta al señor Presidente de la

República para que intervenga, para que dé su... mejor dicho, personalmente, para que ingresara a la Marina de Guerra. Pero vuelta de tres días regresamos y el padre Hubert me dijo entonces: «Sí, la carta ya me ha venido con una nota porque yo soy su delegado. Hoy sí voy a ingresar, voy a saber efectivamente si está ahí o no. Déme un tiempo prudencial». «Magnífico». «Un tiempo prudencial pedimos». «¿Qué tiempo más o menos, padre?». «Ya, pues, unos diez, doce días déme. Voy a programar bonito para ingresar». Dentro de eso ha viajado, se ha presentado, ha conversado con los del Servicio de Inteligencia, pero todos se cerraron: «No sabemos nada de esta cosa y no se puede ingresar usted, Padre». El resultado: igualito. Entonces con las manifestaciones, con lo que se le ha investigado, no tenemos ninguna evidencia que dice, pues, esta es tal cosa, como en el caso del señor Martín Roca. Mi hijo es secuestrado netamente por haber cometido el error de acompañarlo a él, porque en todo ha sido normal su vida. Nunca ha tenido más problema que de esa vez tuvo. Y lo secuestran porque él ha aceptado... mejor dicho, para ir a la Tercera Fiscalía a presentar su testimonio en las circunstancias, en los últimos días que lo vio a Martín Roca en vivo. Y lo secuestran. El secuestro se produce dos días antes que vaya a la fiscalía. Entonces, está comprobado pues, señores, que la intervención es del Servicio de Inteligencia. No hay más otra evidencia que tenemos nosotros. Esas son las cosas verídicas, donde, de la fecha que salió de mi casa, al no retornar. La verdad, mi familia ha quedado arruinada por completo, porque la... es muy grande la añoranza, la impotencia, la desesperación. Las fechas de Navidad, el Día de la Madre, el Día del Padre, hemos perdido. Más grande es la ausencia, más grande es la desdicha, el sentimiento crece día a día, como si no pudiéramos hacer nada; el martirio es constante si está vivo o si está muerto. Si está vivo no sabemos qué ha pasado, y si está muerto, se llora, se consuela, sabe que está bien. Pero no saber nada, lo peor, es perder la fe, la esperanza de encontrar la justicia. No hay otra cosa que podemos seguir. La única interrogante que nos queda es qué debo hacer para encontrar justicia. La respuesta, creo, la tendrán pues aquellos que nos administran la justicia. Pedía al personal que investiga que vea, que se haga una investigación exhaustiva, justa, qué es lo que pasó, qué es lo que sucedió. Está bien a la persona que cometió error que se le juzga, si se le comprueba, aunque sea que se le fusila; pero no como cualquier animal, como cualquier cosa, le secuestra y se desaparece. Por eso, señores, yo pienso, esta roncha de látigo que se levanta, no se borrará y la llaga sembrada en el corazón de cada una de estas personas que hemos sufrido no creo que cicatrice así no más. Muchas gracias.

Señora Martha Páez de Malpartida

Señores miembros de la Comisión de la Verdad, respetable público, me llamo Juana Martha Páez Warthon de Malpartida, soy profesora de Historia, egresada de la Universidad Católica. Junto a mi esposo formamos un hogar cristiano, donde educamos a mis tres hijos, maravillosos hijos. Desde pequeños les inculcamos el respeto por la vida, valores e ideales, el respeto por los derechos humanos, el amor por la justicia, el amor por los necesitados. Nuestra vida transcurrió tranquila, pero en 1983, la primera tragedia golpeó mi vida. Durante un paseo que la YMCA, de la que éramos socios, realizó, se ahogó mi pequeño Manolito, de seis años. Nunca logramos justicia. Con ayuda psicológica pudimos salir adelante. Pero en 1989, la vida nos depararía la más grande tragedia de mi vida: el brutal asesinato de mi amado hijo José Abel Malpartida Páez, de veinte años, estudiante universitario. Este es el motivo por el que quiero presentar mi testimonio ante ustedes, señores miembros de la Comisión de la Verdad. Mi hijo era un estudiante extraordinario, era un muchacho

alegre, amoroso, tenía sensibilidad social. Al concluir sus estudios secundarios se preparó en la academia Trener y posteriormente ingresó a la Universidad Católica. Él quería estudiar Ingeniería Industrial. En 1989, mi hijo decidió cambiar de programa. Empezó a estudiar inglés en la Católica y postuló a la Universidad de San Marcos, al programa de Geología. Se preparó durante varios meses, y en el mes de junio ingresó en el puesto número once. Realmente obtuvo un puntaje muy alto en ese programa de San Marcos. Mi hijo y yo salíamos juntos por las mañanas, yo lo dejaba en la Universidad Católica y yo continuaba a mi trabajo, que era en el Colegio La Unión, y en las noches trabajaba yo en el Colegio Micaela Bastidas. Mi hijo me recogía todas las noches a las nueve y treinta. Pero el día 26 de julio del 89, mi hijo no llegó a recogerme. Yo me fui preocupada a mi casa y cuando llegué tampoco se encontraba. Empecé a llamar a mis familiares y amigos, pero nadie sabía nada. Al día siguiente, temprano salimos mi esposo y yo a los hospitales y dependencias policiales, pero no se encontraba en ningún lugar. El día 28 de julio, mi hijo Jaime bajó por el diario La República, y como no regresaba, mi esposo y yo fuimos a buscarlo. Y lo encontramos con el diario La República en las manos, con la mirada perdida. Yo me acerqué y vi la más terrible foto que jamás pude imaginar: la cabeza cercenada de mi hijo. Nos dirigimos a la morgue mi esposo y yo. No nos dejaron entrar y nos trataron con mucha prepotencia. Pero yo, a la fuerza, logré entrar a la morgue. Había muchísimos cadáveres diseminados en el suelo, en diferentes sitios. Había niños quemados. Era un espectáculo dantesco. Y en eso miré el piso y estaba tirada la cabeza de mi hijo. Corrí y la tomé entre mis manos y la besé... y empecé a llorar. La mujer que estaba en la morgue me empezó a gritar y dijo que me sacaran, y un empleado me sacó. Mi esposo me ayudó a salir y perdí el conocimiento. Todo ello me parecía la más espantosa pesadilla. Me parecía tan irreal lo que estaba viviendo, era realmente increíble. Lo que vi en la morgue aquel 26... 28 de julio, perdón, de 1989 quedará para siempre en mi memoria.

En las investigaciones posteriores supimos que mi hijo y otro alumno de la Universidad Católica habían sido detenidos, secuestrados y asesinados. Se les amarró con soguillas a la altura del tórax... estando con vida se les colocó cargas de un explosivo llamado C4 o gelicnita, de exclusivo uso militar. Los restos de mi hijo y de Alberto Álvarez quedaron esparcidos en un radio de trescientos metros. Tanta cizaña, brutalidad y sadismo sólo podía ser producto de los agentes del grupo «Rodrigo Franco». Los diarios publicaron muchos artículos sobre el caso. En algunos se sostenía que mi hijo había sido detenido en una casa en San Martín de Porres. Otros diarios, sostenían que lo habían detenido en la avenida Industrial, del mismo distrito. Pero hasta el día de hoy yo no sé la verdad; hasta el día de hoy yo no sé las circunstancias en que mi hijo fue detenido. Yo no sé por qué apareció su cuerpo dinamitado en San Bartolo, en el kilómetro cincuenta y uno de la Panamericana Sur. Hay tantas preguntas sin respuesta. Hay muchas contradicciones en este caso, irregularidades, encubrimientos y verdades a medias. Mi esposo y yo hicimos una campaña para saber la verdad con ayuda de APRODEH y de algunos periodistas, puesto que mi marido también es periodista. Pero en el mes de agosto recibí una amenaza telefónica en la que se me decía que si continuaba con las investigaciones correría la misma suerte que mi hijo. Yo le conté esto a un amigo que en aquel entonces era senador, y él me dijo: «Martha, tienes que dejar el país, porque esta gente no se anda con miramientos, y realmente la próxima víctima serás tú». Así es como tuve que salir rumbo a Suecia, país en el que radico desde hace doce años, y que me acogió inmediatamente. Los primeros años fueron muy duros, lejos de mi patria, lejos de mi familia, lejos de mi entorno, sin mi idioma, sin profesión. A consecuencia de todo ello caemos en una fuerte depresión y recibimos tratamiento psiquiátrico.



Actualmente seguimos nosotros consumiendo antidepresivos, pero el único hijo que me queda con vida, mi hijo Jaime, no ha podido resistir tanto sufrimiento, ha quedado muy dañado y actualmente recibe tratamiento psiquiátrico.

Yo trabajo en este momento como profesora en Suecia y soy voluntaria de la Cruz Roja. Estando en Suecia me enteré que con fecha 29 de enero de 1990, el entonces Ministro del Interior, Mantilla, envió un dossier al doctor Javier Diez Canseco, quien solicitaba información acerca del hallazgo del cadáver de mi hijo en San Bartolo, y en uno de los partes de dicho dossier se reconoce que a mi hijo no se le hizo el examen de medicina forense, ni balística, ni toxicológico, ni biológico, ni la prueba de parafina y tampoco se entregó el protocolo de necropsia. En ese mismo dossier hay otro parte de la División de Identificación Policial que informó que mi hijo no registraba antecedentes policiales. En la foja de información número doce treinta y cinco de la Dirsec, acerca de las referencias político-sociales de mi hijo, el resultado fue negativo. Mantilla envió datos sobre la causa de la muerte de mi hijo, pero no envió ninguna información sobre los hechos y circunstancias en que fue detenido y asesinado. El 26 de febrero de 1991, el Fiscal Provincial de Lima César Girado Zegarra dispone archivar definitivamente el caso de mi hijo, basándose en burdas presunciones, sosteniendo que mi hijo y Alberto Álvarez murieron cuando manipulaban un artefacto explosivo. Pero qué irónico realmente. ¿Cómo pudieron mi hijo y Álvarez haber manipulado un artefacto explosivo cuando ellos fueron amarrados del tórax con unas sogas y para asesinarlos se utilizó gelicnita o C4? Tanta falsedad es grotesca realmente. Y, sin embargo, se sobreselló el caso. Señores miembros de la Comisión de la Verdad, tengo fe en la justicia. Y durante estos doce años que viví prácticamente en el destierro, estuve aferrada a la idea y a la esperanza de que en algún momento las cosas iban a cambiar en el Perú. Yo siempre tuve la esperanza de que se instalaría la Comisión de la Verdad. Día a día, minuto a minuto, esperé ello. Ha llegado el momento y solicito a ustedes que se investigue y esclarezca el caso de mi adorado hijo José Abel Malpartida Páez, asesinado en la flor de la vida, siendo víctima de la violencia demente del comando «Rodrigo Franco». Que respondan por este crimen el ex ministro Mantilla y Alan García Pérez. Quise dejar mi testimonio como madre y como ciudadana, siento que es mi deber moral el contar lo que le tocó vivir a mi familia y a mí. Ojalá que en el futuro no vuelva a repetirse la sistemática violación de los derechos humanos en el Perú, que no quede impune el crimen perpetrado contra mi hijo, que los asesinos respondan ante la justicia, puesto que para que haya perdón tiene que haber primero un mea culpa; no puede haber reconciliación sin justicia, ni paz sin justicia. Por ello deposito mi confianza plena en ustedes y creo que no nos defraudarán. Muchas gracias.

Señora Sofía Macher Batanero

Es muy difícil tratar de encontrar palabras de consuelo. Sin embargo, creo que todavía en el país tenemos una gran oportunidad histórica de poder realmente conocer la verdad de todo lo que sucedió y encontrar la justicia. Haremos todo lo posible y solo recordar a los peruanos que casi el 50% de las víctimas de estos veinte años de violencia política que vivimos son jóvenes, han sido jóvenes. Nosotros vamos a tener seguramente una audiencia especial para tratar lo que les pasó a los jóvenes y lo que les pasó a los jóvenes universitarios. Nos parece importante recordar y qué fue la política en ese momento, y qué pasó con la política en el país, que llegó a matarnos entre nosotros. Les agradezco muchísimo sus testimonios, que son de un gran valor para nosotros y de un

gran valor para todos los que hemos escuchado, y expresarles nuestros sentimientos y acompañarlos en ese dolor que nos han expresado. Gracias.